

Rosita abría sus ojos, admirada de ver tantas mariposas juntas, parecían hojas de otoño con matices que van desde el blanco al naranja. Casi gritando dijo: — Abuelo, imira el montón que hay en aquel oyamel!

— Rosita, habla más bajito, debemos tratar de no hacer ruido, cada vez que las mariposas se asustan, revolotean gastando la energía que necesitan para poder hacer el vuelo de regreso. — Le llama la atención Panchita.

— Traje algo para comer —interrumpe con calma el abuelo— sentémonos un rato, comamos mientras vemos esta belleza de paisaje. Conversando alegremente, disfrutando de la vista y los sonidos de la naturaleza se les pasó el tiempo.

— Es hora de regresar, — dijo el abuelo mientras volvía a montar su caballo.

— ¡Es muy pronto, abuelo! — protestó Rosita.

— Debemos dejar dormir a las mariposas. Tenemos que irnos ya. Si oscurece es más difícil bajar, es peligroso, los caballos pueden resbalar en las piedras.

— Bueno, nada que hacer, si el abuelo lo dice. Hasta pronto Panchita, pasé un día inolvidable, prometo investigar más sobre las mariposas Monarca.

Los caballos bajaban cuidadosamente, Panchita los acompañaba de cerca, solo apoyándose de vez en cuando en una vara que usaba como bastón.

Rosita miró hacia atrás por última vez, como tratando de grabar en sus ojos tanta belleza.

— ¿Sabes abuelo?

— Dime Rosita.

— Yo quiero ser como las mariposas Monarca.

— ¿Por qué quieres ser como ellas?

— Porque me gustaría viajar como ellas y venir cada año a visitarte, abuelo.

